

EXPOSICIÓN: **Ignacio Pinazo. Paisaje marítimo**
IVAM, Institut Valencia d'Art Modern
12 de junio – 24 de septiembre de 2006

COMISARIO: Javier Pérez Rojas

PATROCINA: SECOPSA

La exposición “Ignacio Pinazo. Paisaje marítimo”, que acogerá el IVAM hasta el próximo 24 de septiembre, evidencia, a través de 122 obras, que Pinazo fue el primer artista que captó las posibilidades plásticas del paisaje marítimo desde una óptica y una técnica modernas. Adelantándose un par de décadas a los inicios luministas de Joaquín Sorolla, la producción de Pinazo en este género tiene la virtud de compilar a través de un ingente número de tablas de pequeño formato, todos los temas que otros artistas valencianos han desarrollado más tarde.

Esta tercera exposición antológica dedicada a Ignacio Pinazo en el IVAM, dentro del ciclo que tiene lugar coincidiendo con el nonagésimo aniversario de su fallecimiento, permite una vez más apreciar la pluralidad de registros y la versatilidad de este gran pintor valenciano. Entre las piezas más relevantes que recoge la muestra destacan *La merienda. Escena de playa*, 1891, Museo de Bellas Artes de Valencia; *Anochecer en la escollera III*, s.f. IVAM y *Mirando al mar*, 1890, Casa Museo Pinazo de Godella.

Con motivo de la exposición se ha editado un catálogo que reproduce las obras expuestas y contiene textos de Javier Pérez Rojas y José Luis Alcaide.

A mediados del siglo XIX las playas y puertos comienzan a sufrir un proceso de transformación que les lleva a convertirse en entornos que apuntan ya hacia un tipo de desarrollo que se proyecta hasta hoy. La mirada de los pintores acompaña y deja constancia de los cambios acontecidos en todos estos parajes. El camino de la renovación pasa por una nueva percepción de la realidad, en la que quedan atrás la imaginación y la fantasía con que se daba forma a tempestades y naufragios, y se abren paso un realismo y un naturalismo que observan con los pies en tierra firme cómo van surgiendo infraestructuras y servicios de nuevo cuño, imprescindibles para acoger las progresivas oleadas de visitantes urbanos y turistas que producirán una mutación definitiva de tales espacios.

Ya sea en Valencia, en Italia o fruto de sus viajes en barco, en la producción relacionada con el mar del gran maestro valenciano está presente el trabajo -o la alusión al mismo- de pescadores/as y marinos, los diferentes tipos de embarcaciones y la playa y el puerto como lugares destinados o aptos para el ocio público, recomendados desde el siglo XIX por sus efectos benéficos para la salud. Se dan cita, por tanto, los aspectos más novedosos que tienen que ver con las nuevas costumbres y con la progresiva apropiación del litoral por parte de ciudadanos y veraneantes que compensan las horas de trabajo urbano mediante escapadas al mar; y aquellos otros vinculados a los oficios tradicionales que ejercen los oriundos del lugar. Pinazo plasma el paseo de los elegantes, el regocijo de los niños en la orilla del mar, donde la arena húmeda graba su silueta descompuesta y reverberante, pero andando el tiempo aparecen también las figuras específicas de estos ambientes como son los mirones y petimetres, protagonistas de muchas crónicas de playa, que el artista retrata con velada ironía. Y aunque la

mayoría de temas ofrece una visión placentera sobre las sensaciones y estímulos que comporta el contacto con un espacio abierto y privilegiado por sus condiciones naturales, Pinazo no omitió, sobre todo en sus dibujos, los sucesos más trágicos -el regreso de los repatriados- que ensombrecieron el fin de siglo valenciano.

Sólo la observación continua y directa, al aire libre, propia del flâneur en su eterno deambular es capaz de legar un testimonio de semejante fidelidad, alejado de la composición orquestada, cuyo valor reside en la improvisación y la espontaneidad de un procedimiento cada vez más depurado, que contiene ejercicios de síntesis casi inverosímiles en los que una audacia y soltura verdaderamente espectaculares nunca pierden su facultad descriptiva. Pinazo es el fotógrafo que sabe que el cuadro ya se halla en la naturaleza y que debe buscar el encuadre justo para que ésta le proporcione el punto de equilibrio deseado. Además de sus viajes a Barcelona e Italia, su actividad en este género coincide con la puesta en funcionamiento de líneas de tranvía que facilitan el desplazamiento al Grao, y esta circunstancia, unida a la gradual extensión del tendido ferroviario, hacen que repare asimismo en los nuevos medios de transporte. Si con anterioridad había captado el moroso discurrir de las tradicionales tartanas y los esbeltos y aristocráticos carruajes que allegaban a la playa a familias de distinta condición social, ahora se introduce en los andenes de la estación y pinta otra escena de la vida moderna donde las afinidades con el impresionismo resultan sorprendentes. Pinazo, al igual que Monet, que Sisley y los de Barbizon se interesa por el mar, por el reflejo acuoso, por los fenómenos transitorios de la naturaleza pero sin desatender los aspectos inéditos e innovaciones, propios del atento observador, que como consecuencia de las revoluciones industriales se van incorporando a la sociedad.

En cualquier caso, lo que conviene destacar es la actitud pionera de Ignacio Pinazo en el tratamiento moderno de la playa y el puerto de Valencia: un puerto en el que las personas esperan, conversan, pescan, divisan el arribo de navíos o simplemente disfrutan ensismadas de la brisa marina a la hora del crepúsculo -que es también el ocaso de la España colonial-, y una playa popular y festiva en la que la gente toma el baño, baila y merienda en torno a una mesa, evidenciando la transformación radical de un territorio vituperado en otro de carácter edénico.

Ignacio Pinazo Camarlench (1849-1916), huérfano de una modesta familia de artesanos, trabaja desde niño como platero, dorador, pintor de azulejos o sombrerero, entre otros oficios. De forma paralela, estudia pintura en las clases nocturnas gratuitas que se impartían en la Academia de San Carlos de Valencia. En 1873 viaja a Italia y conoce a Fortuny, que se convierte en una influencia decisiva para su obra de esta época. En 1876 obtiene por oposición una pensión de la Diputación de Valencia para estudiar pintura durante cinco años en la Academia de España en Roma. Durante este periodo, realiza los tradicionales cuadros de historia que debían enviar a la Diputación los pensionados, además de innumerables dibujos y paisajes. A su regreso a Valencia, es nombrado Profesor de Colorido de la Academia de San Carlos de Valencia.

Durante la epidemia de cólera de 1885, se refugia con su familia en la casa que los Jaumandreu poseían en Betera, donde pinta para sus protectores, entre otras obras, la serie de *Las Cuatro Estaciones*, compuesta por cuatro impresionantes retratos, de los que tres de ellos forman parte de la exposición. Desde entonces, la burguesía valenciana se rinde a sus pies; realiza numerosos retratos e importantes decoraciones. Mientras, Pinazo continúa plasmando en lienzos y tablitas, de forma magistral y espontánea, su

entorno familiar más inmediato. En 1896 es nombrado Académico de la Real de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, donde pronuncia un incendiario discurso (reproducido en el catálogo), "De la ignorancia en el arte", en el que reivindica las bondades de la ignorancia natural del pueblo frente a la petulancia de los considerados hombres cultos. A partir de esas fechas, los reconocimientos a su labor artística no dejan de sucederse.

En 1903, se traslada a Madrid, donde es nombrado Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando y Profesor de Dibujo artístico de la Escuela Superior de Artes e Industrias. Ya enfermo, recibe en 1912 la ansiada Medalla de Honor de la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. Ignacio Pinazo muere, cuatro años después, en su casa de Godella (Valencia).